

Recordando a un maestro

Carlos Framb

Poeta, cframb@hotmail.com

Hay un mundo sutil, delicado, sugerente y numinoso, en el que siempre podemos encontrar, reflejado, lo mejor de la esencia del hombre.

Alonso Sepúlveda

Alonso Sepúlveda Soto nació en 1949 en Yolombó, Antioquia. Nieto de un arriero y de un ebanista que, por los años treinta del siglo pasado, participó en la construcción de la catedral de San Lorenzo en la plaza del pueblo, ocasión en la que perdió la vida al caer durante la terminación de la torre. Su padre, Guillermo, era empleado de la Caja Agraria y su madre, Carlota, ama de casa. De su padre heredó la disciplina y el amor por la música clásica, de sus profesores de Química y Matemáticas aprendió el lenguaje de los números, y de Luis Cano, su profesor de Literatura y Dibujo, recibió la revelación de los libros y del arte. Fue distinguido como el mejor bachiller del colegio. El premio: una *Biblia* firmada por el rector. De esos años procede su descubrimiento de Voltaire, Diderot, Sartre, y su romance con la ciencia.

Al terminar la secundaria viajó a Medellín y se hospedó en casa de una tía. Empezó la carrera de Ingeniería Química en la Universidad de Antioquia, pero en el séptimo semestre desertó y regresó al pueblo, donde pasó año y medio leyendo a los filósofos y consagrado al estudio de las teorías de la relatividad general y especial. Volvió a la Universidad de Antioquia y se matriculó en el incipiente posgrado de Física. En 1973, aún sin graduarse, dictó su primera clase en calidad de auxiliar de cátedra. Se graduó con un trabajo titulado *Electrodinámica relativista y una introducción a la teoría de los campos clásicos*. En 1975 se vinculó como profesor de tiempo completo de la Universidad de Antioquia, y en 1979 viajó a Nueva York para hacer una maestría en Artes en el Hunter College de la City University. Antes de viajar se casó con Ligia Lopera, también yolombina y también maestra, y allí nació su primogénita Cristina. Durante los dos años en Nueva York, fueron muchas las horas que Alonso

pasó en el Museo Metropolitano, especialmente en el pabellón de los impresionistas, ante los *Girasoles* y la *Noche estrellada* de Van Gogh.

Durante más de cuarenta años se desempeñó en la docencia y la investigación, en la Universidad de Antioquia, principalmente, pero también en la Universidad Nacional, en la Pontificia Bolivariana y en Eafit, donde dejó una profunda huella entre sus estudiantes. Impartió las asignaturas de Electromagnetismo, Física Matemática y Relatividad Especial. Hasta 2017, dictó la cátedra de Fundamentos de Astronomía. Fue autor de numerosos artículos de divulgación y de los libros: *Estética y simetrías*, *Electromagnetismo*, *Física matemática*, *Un viaje en el espacio y el tiempo*, *Los conceptos de la física: evolución histórica*, *El instante luminoso* y *Bases de astrofísica*.

La pasión de su vida fue enseñar. Entre sus colegas era conocido como el Mago Merlín por su asombroso manejo de los números y su poder para transmitir lo emocionante de la física. Hombre sensible y universal, conversador genial, sus intereses abarcaban la Historia, la pintura, la música clásica, la filosofía, la historia de la física y la astronomía. Su labor académica, sin embargo, no fue su único ámbito. Al igual que su querido Einstein, no se negó la bohemia. Entre 1988 y 2008, participó en proyectos de investigación sobre la dinámica de las galaxias con el grupo de astrofísica del ICRA (*International Center for Relativistic Astrophysics*), dependencia del Instituto de Física de la Universidad de Roma *La Sapienza*, bajo la dirección del astrofísico Remo Ruffini. Durante sus estancias anuales en Roma, se instaló en un convento carmelita a 50 km al sur de la ciudad, en el poblado costero de Anzio y con vista al mar Tirreno. Escribió en *Estética y simetrías*:



*Y los lentos
y siempre irreales arboles
—oro del chablis—
en los amados inviernos de Anzio*

También pasó temporadas en Castel Gandolfo, pequeña población situada en la región del Lacio, a orillas del lago Albano. Sus actividades en Roma incluían participar en encuentros internacionales de astrofísica. En sus recorridos por Europa visitó los museos, los cementerios, las catedrales, las plazas y fuentes y los lugares donde vivieron o yacen algunos de sus héroes intelectuales. En Florencia recordó a Galileo Galilei, quien trasegó esas mismas calles, y visitó la casa donde fue confinado por la Inquisición. En el Puente Vecchio evocó las queridas sombras de Dante Alighieri y Beatriz Portinari y rememoró la anécdota del joven Leonardo da Vinci liberando pájaros en el mercado de Florencia. En Padua estuvo frente al estrado donde enseñaba Galileo y ante la torre desde la que “desveló el cielo” y descubrió los satélites de Júpiter. En Venecia se recogió ante la tumba de Monteverdi, en la basílica de Santa María dei Frari, donde también está el mausoleo con el corazón de Canova; en París frecuentó el Père-Lachaise, y se demoró ante las tumbas de Balzac, de Chopin y de Abelardo y Eloísa, visitó el Louvre, el Musée d’Orsay y L’Orangerie con los nenúfares de Monet. En Austria visitó la casa de Mozart y en el cementerio central de Viena se enjugó las lágrimas ante el mausoleo de Beethoven. También allí visitó la tumba de Boltzmann, donde está inscrita su inmortal ecuación $S=k \cdot \log W$. Visitó

Jerusalén y Tierra Santa. *Barcelona fue solo para Gaudí. Madrid para el Museo del Prado. En Toledo llevan a los niños de la escuela a visitar “El Entierro del conde de Orgaz”. Allí me senté con los niños a escuchar la explicación de su maestra.*

ANNUS MIRABILIS

1987 es un año recordado por la violencia que se vivió en Medellín y por el asesinato de defensores de los derechos humanos y sindicalistas. Fue el año del asesinato de Luis Felipe Vélez, Leonardo Betancur y Héctor Abad Gómez, y del exilio de Alberto Aguirre y Carlos Gaviria Díaz, todos ellos vinculados de algún modo con la cátedra y con la Universidad de Antioquia. Por esos días yo era un bachiller desempleado de 22 años que vivía con sus padres en un barrio bravo de la ciudad. Sin embargo, ese año queda en mi memoria por algunos acontecimientos cruciales de mi vida: se publicó *Antínoo*, mi primer libro de poemas, y descubrí el *Cosmos*, de Carl Sagan; conocí al matemático y escritor Antonio Vélez, quien me honró con su amistad, me enriqueció con su conversación y me presentó a Charles Darwin y su “idea peligrosa”. Deslumbrado por la revelación del modelo cosmológico del *big bang* y de la teoría evolutiva, empecé a devorar libros de divulgación científica que me prestaba Antonio, entre ellos los tomos de la *Biblioteca Científica Salvat*. Al mismo tiempo, iban surgiendo los poemas en prosa de mi segundo libro *Un día en el paraíso*.

1987 fue el año del avistamiento, en el Observatorio Las Campanas de Chile, de la Supernova 1987A. Con tal motivo, Alonso Sepúlveda dio una conferencia en la Universidad de Antioquia, una conferencia que para mí fue, además de una experiencia epifanal y poética, la revelación de un maestro. Días después busqué a Alonso en la Universidad, me presenté y le pedí permiso para asistir a sus clases. Durante años las frecuenté, así como sus conferencias de astronomía, de las que siempre salí inspirado, conmovido y regocijado. Alonso, además de gran ser humano, humilde y generoso, fue un auténtico maestro, aquel que, como dice Borges, sabe que *solo podemos enseñar el amor de algo*. De Alonso aprendí el valor y la belleza del razonamiento matemático y el poder del número para elucidar la realidad, número que revela la estructura del mundo y contiene la cifra de los astros y de los granos de arena, número de Fibonacci que resplandece en la arquivolta de la flor del girasol o de la aguja del

abeto, número pequeño o gigante que está más allá de nuestra intuición, número imaginario y número amigo, número trascendente y esculpido en piedra como *pi*, número cuántico como rendija al inicio del tiempo, transfinito de Cantor, jardín de Ramanujan, cero vibrante de Riemann como joya engastada en la infinita red de Indra, número áureo que la evolución ha grabado en el genoma de la cigarra y el caparazón del nautilo, número que interpreta la melodía de la naturaleza, define nuestros límites y nos ayuda a comprender lo que somos.

A mediados de 2016 me reuní por última vez con Alonso para entregarle un ejemplar de mi libro *Deslumbramiento*, donde le rindo un pequeño homenaje, y para despedirme de él. El encuentro fue en el barrio Carlos E., su predilecto. Vestía de guayabera, pantalón caqui y zapatos de suela de goma, la infaltable boina inglesa y sus anteojos de metal y montura circular. Nos sentamos cerca del muro donde por años Alonso solía reunirse con sus amigos a pasar la tarde, y llamado en su honor el Muro de Merlín.

Viajé a México poco después y nos perdimos de vista. A mi regreso a Medellín en 2022, me contactó su hija Cristina para contarme que Alonso había fallecido a inicios de 2021. En días pasados tuve el privilegio de conocer personalmente a Ligia María, quien fuera su esposa, y a sus dos hijas Cristina y Marcela, psicóloga e ingeniera civil, respectivamente. Pude darme cuenta del inmenso amor y admiración que le tenían. Me contaron cosas de la vida de Alonso, anécdotas de sus viajes, de su vida cotidiana y del transcurrir de sus últimos años, e incluso de sus horas finales. En su agonía, en su último instante de lucidez, pidió escuchar la *Novena Sinfonía* de Beethoven y derramó sus últimas lágrimas.

Además de mil atenciones, Ligia, Cristina y Marcela me obsequiaron una de las boinas que usaba Alonso y un par de libros suyos: *El instante luminoso*, que ya conocía, hermoso volumen donde, a la manera de las *Vidas imaginarias*, de Marcel Schwob, da rostro y voz a los creadores de la ciencia que admiró: Giordano Bruno, Max Planck, Francisco José de Caldas, Niels Bohr, Isaac Newton, James Clerk Maxwell, Albert Einstein, entre muchos. El otro regalo fue un ejemplar de *Bases de Astrofísica*, obra que yo desconocía. No sospechaba que este libro atesoraba un

mensaje póstumo de Alonso para mí. Al llegar a casa y abrir el libro en la página de la dedicatoria,

Para Carlos Framb, quien ama estos temas luminosos; quien entiende que la vida y la muerte de las estrellas tienen su espejo en la rutilante y efímera luz de nuestras vidas.

POSDATA

Entre las cosas que Ligia y sus hijas compartieron conmigo, entre artículos de revista y fotografías, encontré una carta que Alonso escribió a la muerte de su querido padre, *Guiller*, como cariñosamente lo llamaba. Es una página, en mi opinión, sobrecogedora y oportuna.

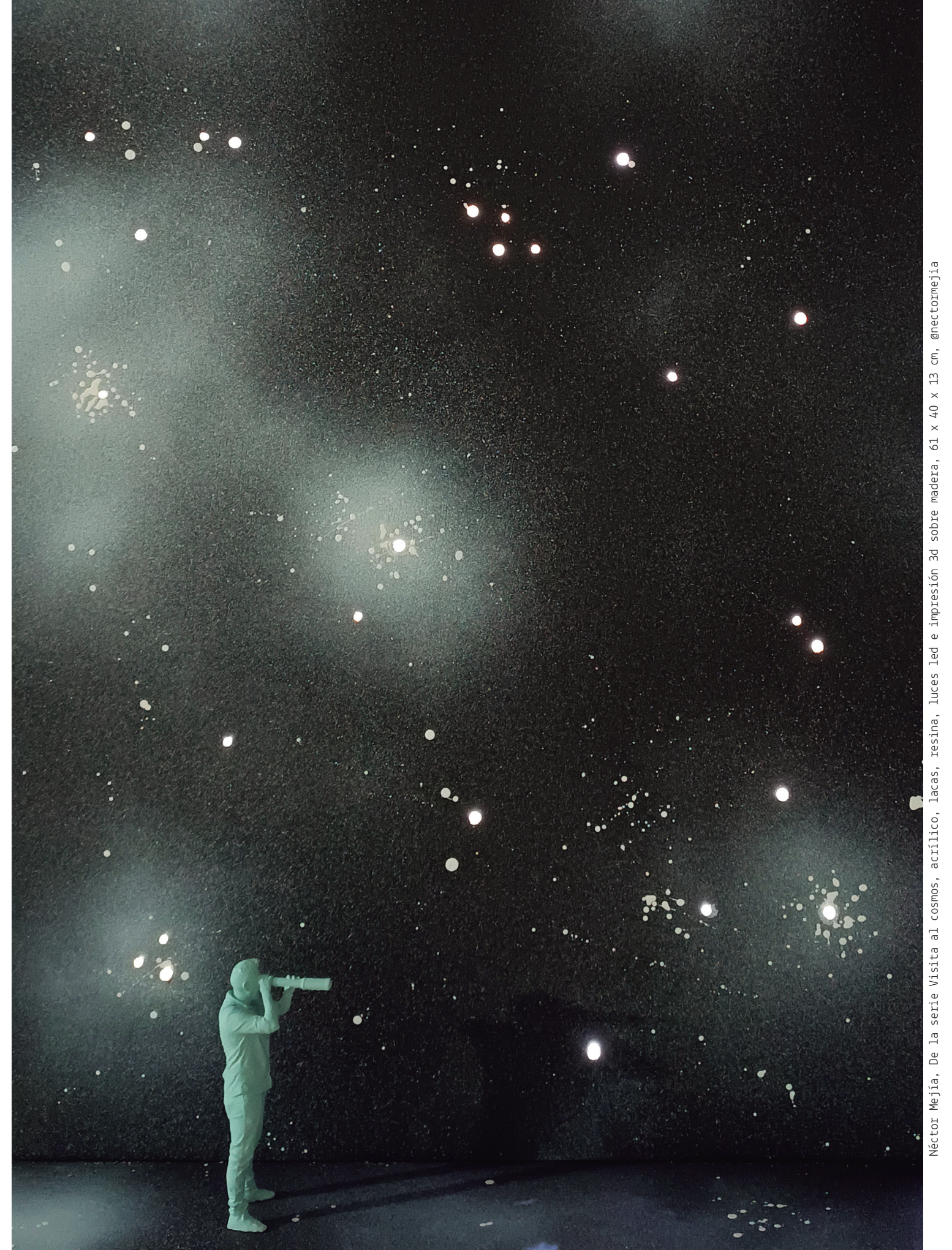
Noviembre 30/1999

Querido Guiller:

Hay algo que sí sé y es que estás ausente; lo que no logro sentir con claridad es tu muerte, veo solo que no estar con nosotros es otra forma de tu presencia.

Busco que este alejamiento de vos sea a la vez una nueva forma de cercanía; y no solo en la persistencia del recuerdo sino en aquella otra que no conozco, la que desde alguna otra dimensión de la realidad te hace cercano, pues empiezas a existir desde dentro de mi espíritu. ¿No será acaso que has cambiado de forma de existir? ¿No será tal vez que no logro entender que cuando los seres que amamos y nos aman se van, comienzan a hacer parte de una nueva realidad que nuestra lógica no logra comprender? Podría yo decir que has de seguir vivo en el recuerdo. ¿Y no será que sigues presente más allá de toda la evocación que hago de vos? Muy seguramente mi idea de morir es tan simple que cree que desde algún lugar una sonrisa tuya, triste y comprensiva, se dirija a los que aquí estamos lamentando tu ausencia, cuando más bien la sonrisa compasiva deba ser la tuya y deba dirigirse a los que aquí padecemos de algún modo los aconteceres de este mundo material.

Aunque ninguna idea pueda yo tener sobre tu nuevo destino, al menos algunas sí tengo sobre lo que este mundo nos depara. Y puesto que aquí estuviste un largo rato quiero repetirte que me gustaría en lo que me resta de vida, hacer de cada minuto de la mía, un compromiso de acción como siempre lo vi en la tuya. Es tanto lo que hay por



hacer por mí y por todos, tanto lo que los otros esperan de cada uno de nosotros que no debería existir en nosotros un instante de reposo. Y en ello, Guiller, fuiste siempre una enseñanza vital, nunca solo una forma de decir o solo una recomendación o sugerencia: tu mejor ejemplo, Guiller, fue la acción; como si siempre hubieras comprendido que esta porción de mundo que nos toca vivir no debe en ningún momento ser desperdiciada. Como si cada minuto de ejercicio de la vida fuese también la porción de sinsentido que le robamos a la muerte.

Hubo una frase de Ligia, hermosa en su síntesis, que es condensación de tu vida: te fuiste con las manos llenas. ¿Llenas de qué? De colaboración, de servicio, de humildad ante los que te conocieron y te quisieron, de serenidad ante las dificultades, de sinceridad ante los que pidieron tu ayuda, de la honestidad que siempre te fue infaltable; de amor a los tuyos y comprensión; y no solo a los que te quisimos. Cada minuto vivido con profundidad es batalla ganada ante la muerte.

Ahora, Guiller, quiero tratar de la confesión que mi débil memoria podría hacer de lo que fuiste en mi vida. ¿Por qué no hacer un breve balance de mi vida con vos? Hace más de 40 años un evaluador de la Caja Agraria que regresa a altas horas de la noche a despertarme para repetirme la importancia de estudiar. Un regaño un día cualquiera porque el cuerno de pólvora para cazar tórtolas me lo he gastado reinventando los cañones o los cohetes. Las delicadas sierras de madera delgada que destrocé a mis ocho años ensayando mis habilidades. Las noches en que venías desde la Caja Agraria a tu taller a desarmar, limpiar y recomponer sin fallas, un reloj suizo con sus minúsculos tornillos, volantes y precisas piezas ante la fascinación de mis ojos invadidos por el sueño. La inigualable emoción ante el regalo a los ocho años de ese universo de la *Enciclopedia Jackson*, cuyo contenido descubro aún hoy cada día en el mundo. Los 20 centavos del domingo desde donde descubrí a Julio Verne, Victor Hugo y Sandokán en esas ventas de libros viejos de la plaza de mercado de Yolombó, donde encontré mi amor por la literatura. Esa hermosa aceptación de mi vida como un acto de libertad cuando te dije que prefería cambiar de carrera, y me respondiste que la vida la escoge uno mismo. Ese regalo hermoso desde la infancia que fueron La Gioconda y los coros de Haendel; y toda la pasión inagotable por la música de los clásicos. O esa forma sin palabras de llevarme en

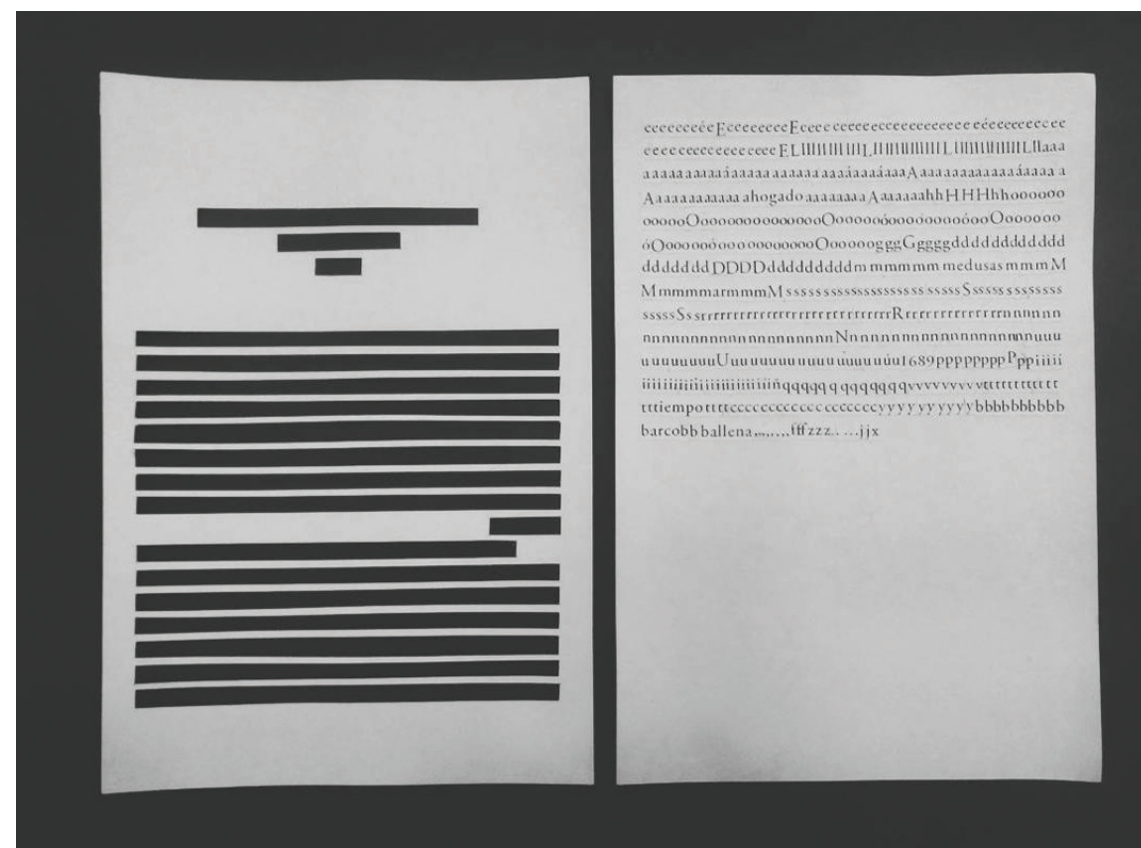
tu corazón todo el tiempo, como si fuese tu más hermosa obra. Y esa otra de esperarme de largos viajes, incluyendo ese larguísimo, triste y eterno viaje que me trajo desde Roma hasta tu muerte...

Mi vida está llena de los detalles cotidianos de la tuya. Pues nada hay en la construcción de mi vida que no sea parte tuya, y de mi madre evidentemente, pues sin ella tantas cosas profundas no hubieran sido posibles.

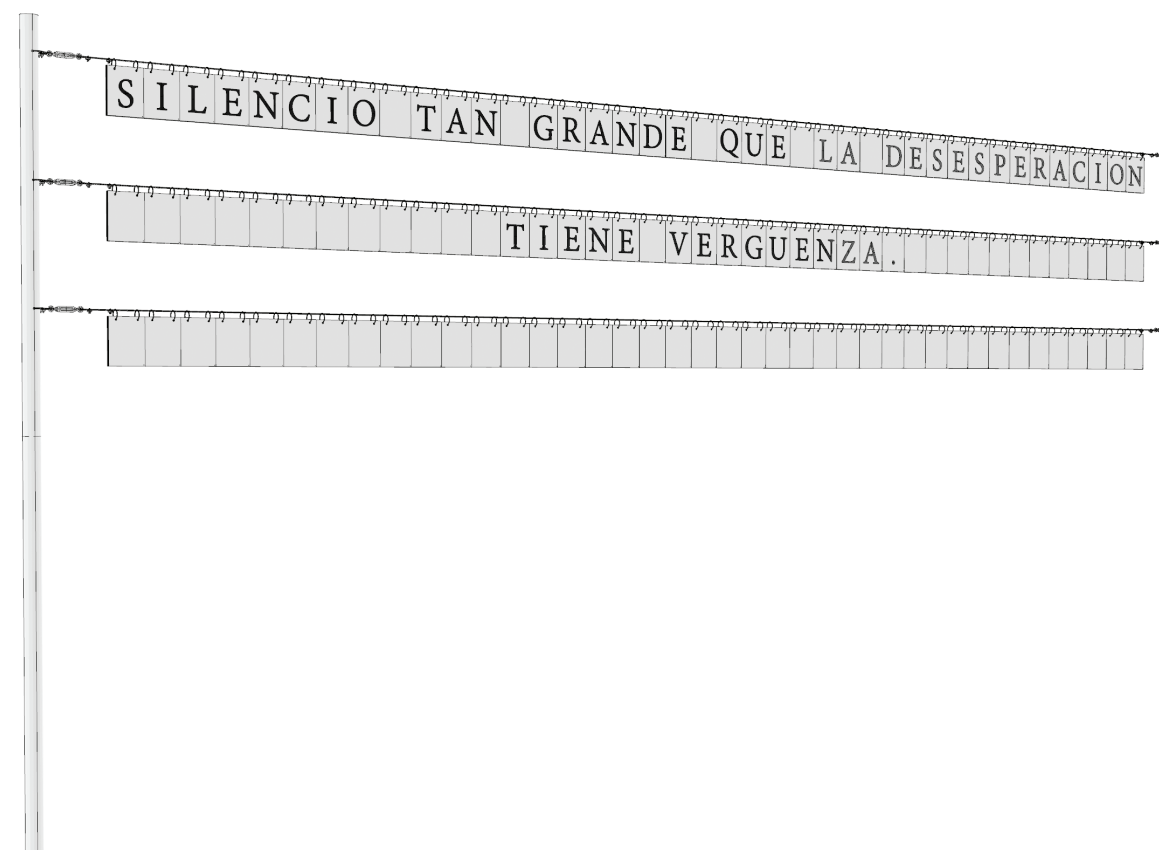
Digo ahora Guiller: estoy empezando a creer que morir, es solo comenzar un nuevo modo de vida y que nada en la existencia es definitivo; ni para quien se va, ni para quien se queda. Pues aquí, conmigo, te siento. Y creo que si motivos debidos a la fragilidad del cuerpo te hacen ausente, no son ellos los del espíritu, y creo que nada habrá más permanente que tu presencia en mí y entre nosotros; y no solo la permanencia del recuerdo, pues mientras estemos vivos también lo estarás.

Ya que cambiaste de forma, Guiller, también empezaré a quererte de otro modo.

Alonso



Daniela Serna Gallego, Bitácora, 2017, @daniela.sernaa



Daniela Serna Gallego, Silencio. Proyección, 2021, @daniela.sernaa